

ras les hallarías todavía en los bolsillos dinero con olor a Maigret.

JUAN.—Te equivocas, Pedro... Habrá entre nosotros gente cobarde, tal vez... pero traidores, no puedo creerlo!

ANSAUME.—¡Bribones hay en todas partes! Escucha. Yo estoy contigo... para lo que tú quieras y vigilo!

JUAN.—(Estrechando la mano de Pedro) Hay bribones, pero también hay valientes!... Gracias, compañero, ¡siempre conté contigo!

(Van llegando huelguistas por todos los senderos. En todos los rostros retratado el sufrimiento o el odio. JUAN ha subido a la plataforma. MAGDALENA enciende los faroles).

BORDES.—(En un grupo de la izquierda) Mírenlo! ¡Pálido como la cera!

PACOT.—Tiene miedo! Ya no hace el guapo!... ¡Acobardía!

BORDES.—Habrá que aclararlo!

PACOT.—¡Querrá desentenderse!

PEINARD.—(Anciano) ¿Qué hay? ¿Qué dices tú? ¿De quién hablabas?

PACOT.—¡De tu hermana! (Risas. Peinard se pierde en el grupo, alzándose de hombros).

BORDES.—(Mostrando la cruz) ¡Está bueno! También farolitos! ¿Estamos de fiestas patrias? (Algunas risas mezcladas con exclamaciones indignadas. A la derecha, movimiento tumultuoso, gritos, una disputa).

GOUGE.—Te digo que sí!

BOURRU.—Y yo te digo que no!

GOUGE.—Te digo que se ha guardado la mitad del dinero!

BOURRU.—¿Cómo es eso? Repítelo!

GOUGE.—Que se ha guardado la moneda!

BOURRU.—¡Y bien, toma! (Le da una bofetada) y ve a contárselo a Hargand que te paga para sembrar cizaña! (Gritos, tumulto, se les detiene).

GOUGE.—(Debatándose) ¡Cobardes! Chanchos! (Se le zamarrea, desaparece).

UNA VOZ ENTRE EL TUMULTO.—¡Callarse!

OTRA VOZ.—¡Qué lo saquen! Qué lo lleven a bañarse!

ANSAUME.—¡Si chillan así, será la policía la que venga a llevarlos!

VOCES DIVERSAS.—(De varios costados) ¡Silencio! ¡Silencio! (Poco a poco el orden se restablece, los gritos se apagan. Magdalena se ha sentado en la grada más alta. Mujeres, en estrecho grupo, ocupan las gradas inferiores. Juan Roule avanza. Está tranquilo y pálido. Extiende el brazo, pidiendo silencio).

ALGUNAS VOCES.—Escuchar! Silencio! Escuchar! (Movimiento de atención).

JUAN.—(Con voz segura) Amigos míos...

UNA VOZ.—No somos tus amigos! (Gritos: Silencio! Escuchen!)

JUAN.—(Con voz que domina los rumores) Compañeros... escuchadme... Si hay algunos entre ustedes que tengan algo que reprocharme, que me lo reprochen! Si tienen algo de que acusarme ¡que me acusen! Pero como hombres libres!... y no como pilluelos! Estamos aquí para entendernos como gentes honradas... y no para injuriarnos ni para pelearnos!

VOZ EN LA TURBA.—¡Eso es! Eso es!

UN OBRERO.—Qué hable! Qué hable! Nosotros escuchamos!

ANSAUME.—¡Y que se callen los vendidos! (Exclamaciones).

JUAN.—Teneis el derecho de discutir, de juzgar mis actos... Si no gozo ya de vuestra confianza podeis retirarme el mandato que me habeis delegado... Creo haberlo desempeñado como corresponde a vuestra dignidad y a vuestros intereses! Si me he equivocado, renuncio! Entregadlo a uno más digno, a uno más abnegado!

VOCES DIVERSAS.—No! No!... Sí... sí! Silencio! Haya silencio!

JUAN.—(En medio del ruido y dominándolo) En nombre de vuestro